

poemas de *Horizonte o frontera*
(Hiperión, 2003)

Eduardo García

HABITACIÓN 215

La habitación 215

da a un vasto territorio sin fronteras.

Quién lo iba a decir, con esos cuadros
tan fúnebres que manchan las paredes,
arrugas en la cama, el polvo y esa luz
hostil, de sanatorio, cegadora.

Y sin embargo entramos y de pronto,
en virtud de qué magia yo no sé,
los reducidos límites del cuarto
se desplazan, rebosan, van más lejos,
qué alegría, qué sol, qué hábito de espumas:

el joven funcionario que se afeita, dispuesto a incorporarse a su destino,
los niños que se asoman al balcón, temblando de impaciencia: los bañadores
puestos y el mar en la mirada,
dos ancianos se dan las buenas noches con ternura sencilla y con verdad,
los jóvenes amantes que desnudan en su propio temblor el eco de otra piel,
el viajante que insomne repasa la jornada: cuando cierra los ojos puede
entrar a hurtadillas al cuarto de sus hijos, vela su sueño en plena
soledad...

Todo ocurre a la vez, todo convoca,
afán, gesto, designio y fiebre súbita,
nos hermana en un tiempo simultáneo:
la dicha de ser hombre entre los hombres,
entre la muchedumbre una mirada,
respirando la vida en este cuarto,
entre los blancos muros abatidos,
más allá de la puerta y el letrero:
habitación 215.

LA LLUVIA

También la lluvia cede al desaliento,
se demora en sí misma, se derrumba
en bautismo, moja tus labios, huele
a patio de colegio o la ternura
de sábanas recién planchadas
que palpitan.

Feliz el que regresa a su casa despacio,
distráido, a lo suyo, ni triste ni contento,
cuando una lluvia amiga le despierta de pronto
voces perdidas, gestos que el olvido
avariento atesora.

Y le moja los labios,
le limpia de tinieblas la mirada,
una ola muy honda le sube por las venas,
le deposita en brazos de una nube
y queda en paz con todos
y dice sí a la vida.

SUEÑO CON CUCHILLOS

Camino por un bosque de cuchillos.
Sus mangos enterrados
levantan la amenaza del acero.
Avanzo con cautela, sin saber
adónde me dirijo. El aire borra
a mi espalda mi rastro, lo confunde.
Al eco de mis pasos
se vuelven los cuchillos hacia mí,
girasoles de sombra agazapada...

Despierto. Abro los ojos:
el vaso en la mesilla, tu cuerpo junto al mío,
la casa en calma. Es el amanecer.
Vuelvo a cerrar los ojos, miro adentro:

Un bosque de cuchillos me contempla.
No es el bosque del sueño. Tiene una luz más honda
y conoce mi nombre y su penumbra.
Sus filos brotan hacia mí, el clamor
del acero:

la angustia de los días
transcurridos a ciegas por un túnel
en la lenta tortura del reloj,
el pavor de las noches
aguardando el gemido de un teléfono:
noticias de una vida
suspendida entre luz y oscuridad.

Y de pronto el silencio.
Se reflejan mis ojos en sus hojas.
Suena el teléfono:
Saltan
sobre mí.

SPLEEN

A menudo equivoco el autobús,
cruzo a destiempo, bajo la escalera
que debiera subir, vacilo, voy
hilando incoherencia con la ciega
obcecación del triste que desliza
su ronco despertar a medianoche,
su tímida esperanza sin consuelo,
su billete borroso hacia otra parte;
y no es que los espejos se me rompan
al mirarlos de frente, ni que el tráfico
taladre este tesón con que persisto,
los afanes que finjo en un alarde
de acróbata que traza en el vacío
su torpe pirueta, yo no sé
si me explico, lo cierto es que tampoco
reconozco si voy o si regreso,
si parto el pan o tomo mi jarabe,
la tos que desayuno cada día,
es todo tan confuso, es tan difícil
decir que sí, que no, que todo lo contrario,
ganarle por la mano al día su confianza,
por eso mi bufanda me parece
la sogá de un ahorcado y es así
como anudo mi lastre inconsolable,
derrocando la risa de los niños
con astucia de ingenuo derrotado,
aspirando a la tierra y al reposo,
prisionero de mí, ya sin ficciones.

INTRUSO

Desnudo en el silencio de la noche
intento conciliar el sueño. Escucho
el vaivén de la sangre en mis latidos,
el vaivén de las olas en mi respiración.
Encogido en la orilla de la cama
contemplo una pared con ojos ciegos;
dígitos luminosos rasgan la oscuridad.

Y de pronto el silencio y más allá,
en plena soledad, una presencia:
hay algo en la otra orilla de la cama,
hay algo que respira. Escucho, ronco,
el vaivén de las llamas en sus labios,
el vaivén de las sombras en su respiración.

Quizá si me volviera aún encontraría
las sábanas calientes. Pero el miedo
me tiene en su poder. Siento a mi espalda
una densa tiniebla, un hueco que respira.
Y permanezco inmóvil mientras duerme.
Y permanezco insomne, no vaya a despertar.

DESHABITADO

Triste destino el del deshabitado:
camina entre la gente inadvertido,
se refugia en su prisa y su tarea,
su camisa planchada, el gesto anónimo
con el que se decide ya a cruzar,
el camino está libre, no hay peligro,
y persiste no obstante en plena calle,
se le congela el gesto en instantánea,
recluido en sí mismo, detenido
a la orilla de todo, en su silencio
mira sin comprender, avanza el paso,
siente hasta las raíces el vacío,
un boquete en el pecho como un túnel
que da a la oscuridad.

LAS PUERTAS

Al fondo de mí mismo hay cuatro puertas.
Desciendo por el pozo hacia los hondos
canales que me surcan. Pecho adentro
cruzo la oscuridad a ciegas. Voy
palpando las paredes. Ahora el aire
es más puro. Vislumbro el resplandor:

la puerta del jardín de los deseos,
la puerta del instante prodigioso,
la puerta de la infancia recobrada.

Huele a ausencia de pronto un viento frío.
Siento a mi espalda un hueco impenetrable:
por las hondas rendijas de tinieblas
mana un silencio atroz. Detengo el paso.

Mientras florezcan firmes mis deseos
y me aguarde el instante y el prodigio
y la luz en los patios de la infancia,
no cruzaré el umbral, la cuarta puerta,
no pisaré esa nada imponderable.